



LAS

HEREJIA

2

BT1315

.M6

V.2

c.1



1080045582

B
168
M

LAS HEREJÍAS
LOS CISMAS Y LOS ERRORES
DE TODOS LOS SIGLOS


Escuela Atenaria
Biblioteca Universitaria
62362

87197
FONDO BIBLIOTECA PUBLICA
DEL ESTADO DE NUEVO LEON

LAS HEREJÍAS
LOS CISMAS Y LOS ERRORES
DE TODOS LOS SIGLOS

HISTORIA GENERAL
DE LOS EXTRAVÍOS DE LA RAZON HUMANA
CON RESPECTO AL CRISTIANISMO

ESCRITA CON PRESENCIA
DE LAS OBRAS DE LOS SANTOS PADRES, DE LOS MAS NOTABLES PUBLICISTAS CATÓLICOS
Y DEL DICCIONARIO DE LAS HEREJÍAS, DEL ABATE PLUQUET

POR EL PRESBITERO

D. EMILIO MORENO CEBADA

PREDICADOR DE S. M. EL REY (Q. D. G.)
AUTOR DE LA HISTORIA GENERAL DE LA IGLESIA, DE LAS DEL CONCILIO VATICANO,
LAS RELIGIONES Y OTRAS OBRAS CIENTÍFICAS Y LITERARIAS

PRECEDIDA

del erudito discurso escrito por el abate Pluquet
para el dicho Diccionario, en el cual se explica cuál fué la religion primitiva
de los hombres y los cambios que ha experimentado hasta el
nacimiento del Cristianismo.

TOMO II.

CON LICENCIA DE LA AUTORIDAD ECLESIASTICA

BARCELONA
MORENO Y ROIG, EDITORES
CALLE JOVELLANOS, NÚM. 2
1880



BIBLIOTECA DE HISTORIA DE ESPAÑA
MADRID

BT1315

M. G.

V. 2

LAS HEREJÍAS.

SIGLO SEXTO.

INTRODUCCION.

Es admirable el modo como la divina Providencia ha sostenido la Iglesia á través de tan rudos combates como interior y exteriormente ha venido experimentando en la sucesion de los siglos.

Despues de haber gemido en la oscuridad de las catacumbas por espacio de tres siglos, llenando el cielo de ilustres mártires que modelos de valor y de fortaleza vertieron su sangre en defensa de la fé católica, pudo públicamente extenderse por el mundo, aumentándose de un modo considerable el número de los adoradores de Jesucristo. Empero esta Iglesia era combatida por los cismas y las herejias.

Al donatismo se agregó la terrible y formidable herejia de Arrio, que hubiera concluido con el catolicismo á no haber este sido obra de Dios : « El príncipe religioso que ater-

ró la idolatría, dice un escritor, llegó á ser, sin saber cómo, el apoyo, el autor de una secta casi tan impía, y no menos peligrosa, pues trató como perturbador y casi como rebelde al más digno defensor de la fé, el grande Atanasio. La verdadera religion era sin duda la que más queria; pero el horror extremado á las divisiones que retardaban sus progresos, exagerados sin cesar á sus oídos por los falsos prelados y doctores, fué el único motivo de su peligrosa condescendencia. ¡Qué impresiones tan funestas no produjo este escándalo aparente, en particular sobre su hijo y heredero, Constancio! Pero antes ¡qué prueba pudo haber más visible de que Dios es celoso de su propia gloria que la supervivencia de este príncipe perseguidor sobre sus dos hermanos tan celosos defensores de la verdadera fé! Después de una larga serie de reinados favorables á la religion, pudiera haberse persuadido el hombre que las potestades de la tierra constituían su principal apoyo; y por esto en el largo reinado del hijo más indigno de Constantino, el Señor, segun la prediccion del Evangelio, deja á Satanás el poder de agitar á los fieles, como se hace con el trigo en la criba, y permite una prueba mucho más terrible que las de las violencias de los Césares, enemigos del nombre cristiano, que Constancio envilecia, al paso que se preciaba de serlo.

» Tentacion de un nuevo orden, ó llevada al ménos á excesos todavía desconocidos. Entre todos los sectarios que hasta aquel tiempo se habian levantado, ninguno se podia comparar con los arrianos en ciencia, en talentos, en virtudes aparentes, y en cuanto puede acreditar á la seducción y al engaño; pero especialmente en poder, en audacia, y

en el arte infernal de dar á la violencia el color de celo por la religion. La pérdida de los bienes, de los empleos, de los honores, de la libertad, de la vida, fueron los medios ménos peligrosos que aquellos cristianos sobornadores inspiraron á un príncipe cristiano. Seducir á los sacerdotes y á los obispos, canonizar á los hipócritas y apóstatas, pervertir los concilios, alterar los sagrados simbolos, hé aquí las máquinas de que se sirvió la pérfida impiedad, pretendiendo, aunque en vano, despojar la verdad de sus propiedades más inenajenables y de todas sus ventajas naturales, para revestirse con ellas. La Iglesia triunfó del artificio como de la violencia; la verdad disipó todas las nubes con que la seducción cubria el precipicio, al paso que la violencia arrastraba hácia él á los débiles. Convencióse finalmente el universo cristiano de que, bajo la sombra de la piedad, se trataba nada ménos que de excluir al Hijo del Eterno del seno de la divinidad y de reducirle á la clase de pura criatura. Constancio murió al fin, pero ya habia triunfado la fé antes de su muerte.

» Todavía corrió peligro particular en el reinado del sucesor de este príncipe. El emperador Juliano se empeñó en tomar un camino diferente del de Constancio, cuya persecucion mandó cesar desde luego (año 360). El emperador apóstata, que se habia criado en el seno del cristianismo, conocia muy bien su carácter, para prometerse destruir la fé por la fuerza, y desde luego se valió de los halagos y pérfidas caricias. Mandó llamar á todos los súbditos desterrados en el último reinado, así católicos como herejes, contando por este medio introducir en el seno de la Iglesia la

confusion, la cizaña y todos los desórdenes, que son sus naturales consecuencias. Esperando despues que conseguiria mejor su intento sofocando la verdad en las tinieblas de la ignorancia, mandó cerrar las escuelas á los cristianos y quemar todos sus libros, para que no fuesen sabios ni elocuentes; y siendo la facultad de raciocinar y el talento de la palabra los dones de la naturaleza de suyo independientes de la autoridad, llegaron á ser proscritos por la tirania, y esta todavía halló colores para paliar estos torpes excesos. Porque, decia el tirano en sus irónicas blasfemias, para los galileos, adoradores del Crucificado, supuesto que deben creer en él sin discurrir, son inútiles los estudios y las ciencias. Estas convendrá reservarlas para los helenistas, es decir, para los paganos, á los cuales colocaba en una religion ó un filosofismo digno de hallar en la apostasia su autor y sus restauradores. Ciertamente, la Iglesia debia rendirse á estos ataques, si no fuera inexpugnable; pero triunfó de estos lazos y de estas sátiras, así como habia triunfado de los patibulos y de la espada. No dejó de correr sangre en el imperio de Juliano en mil ocasiones en que su filosofia no le correspondió, y bajo todos aspectos se debe tambien mirar esta parte del siglo iv como la edad del martirio.

«Tal la hallará el que quiera seguir los progresos de la religion entre los bárbaros, y particularmente entre los persas. Verá un Sapor, un Isdegerde y un Cosroas comparables á Neron, á Domiciano y á los dos Maximianos. El pudor y la humanidad igualmente se resisten de oír la relacion circunstanciada de la persecucion de Sapor. Se verá

otro perseguidor subyugar en Arabia una ciudad y todo un pueblo cristiano, que no habia podido pervertir, hollar todo el derecho de gentes, degollar al gobernador y á los principales ciudadanos, reducir la juventud á la esclavitud, encender despues una inmensa hoguera y precipitar en ella á todos los sacerdotes, los monjes y por último las vírgenes consagradas á Dios, sin faltar á la fé en una sola persona. Los vándalos igualaron y aun excedieron á estas atrocidades impías, en la vasta extension de África. Finalmente en todos los países en que germinó la fé cristiana, fué regada con sangre; y de esta sangre sacó su principal fecundidad.

«Pero despues que la fé echó profundas raices, se vió un nuevo órden de providencia de Dios para con la Iglesia. Las señales que están destinadas, segun el Apóstol, para la conversion de los infieles, los milagros tan multiplicados para la publicacion del Evangelio, llegaron despues á ser mucho menos frecuentes. Para los domésticos de la fé, es decir, los fieles, bastaban las profecias, ó el depósito de la revelacion escrita ó transmitida y declarada por la tradicion, con las gracias y dones ordinarios del Espiritu Santo; y así jamás brillaron los sagrados Intérpretes, ó los santos Padres y Doctores, con tanto esplendor como en el cuarto y quinto siglo, como muy luego se reconocerá. Pero la Iglesia, esencialmente militante en este lugar de tránsito, debe hallar en él combates que sostener en todas sus situaciones y enemigos envidiosos de todos sus adelantos. Inmediatamente despues de la derrota de la idolatria, opuso el infierno el abuso y corrupcion contra la pureza luminosa de la doctrina.

»Bien que la suerte del arrianismo parecia haber desconcertado para siempre la perfidia herética, porque el nombre de arriano estaba desacreditado y era un oprobio, diciéndole por todas partes: ¡anatemá! sin embargo, el arrianismo resucitó; se reprodujo bajo mil nuevas y diferentes formas, y volvió á salir á la arena más agnerrido que antes, bajo la dirección de Eunomio, Aecio y Macedonio, los cuales al parecer habian aplaudido su ruina.

»Mucho tiempo despues Nestorio, sin parecer que pretendia aniquilar la divinidad de Jesucristo, vino separando al Hijo de Dios del Hijo de la Virgen Madre. Con ser este un lazo tan mal preparado, veremos, sin embargo, que sorprendió é hizo titubear á obispos sábios y piadosos. ¡Qué doctor fué Teodoreto, de una fé por tan largo tiempo sospechosa! ¡Qué pastor aquel Alejandro de Hierápolis, á quien el largo ejercicio de las virtudes más asombrosas no preservó de la obstinacion más horrible! Pero, ¡qué impresion no hicieron sus peligrosos ejemplos! Si Arrio superó á Nestorio en la extension y rapidez de la seduccion, este se hizo unos secuaces mucho más obstinados, y adquirió para su secta un crédito y una consistencia, que todavía se sostienen en las extremidades de la Iglesia oriental, y aun se le encuentra en algunas provincias occidentales, con nombres y formas diferentes; es decir, con las variaciones que llevan impresas el sello del espíritu de novedad que tuvo por principio.

»La herejía de Eutiques, comparable con las dos primeras en duracion y en extension, tuvo á su favor hasta la autoridad de un concilio, que al principio se convocó como ecuménico, y fué venerado por otras especiosas apariencias,

hasta que se vieron sus prevaricaciones, y se llamó *el Latrocinio*. ¡Pudiera la Iglesia experimentar asaltos más terribles que los de un partido que tenia á su frente el obispo de la segunda silla, y que llevaba el nombre de uno de aquellos solitarios canonizados, por decirlo así, en vida, y célebre por su celo contra los enemigos de la fé, como el más poderoso arquimandrita, que bajo sus leyes contenia un pueblo de celadores austeros, los más apegados á las impresiones que una vez reciben, y los más activos en pagarlas?

»Todavía corrió la religion mayores peligros por parte de Pelagio, enemigo disimulado, y tanto más temible cuanto ménos lo parecia. Las otras herejías encarnizadas, por decirlo así, contra el cuerpo mismo de la Iglesia, advertian al ménos con sus alborotos á los fieles que se guardasen de ellas: pero el pelagianismo, semejante á una serpiente que pasa sin ruido por debajo de las flores, penetraba hasta el alma de la religion, y con su veneno sutil inficionaba las partes más nobles y más íntimas, y de ella no dejaba más que el esqueleto y vana apariencia.

»Contra estos peligros fortificó el Señor la ciudad santa con aquella abundancia de doctrina y de luces que resplandecieron en ménos de dos siglos. Por grande que fuese el número de los seductores, para oponerse á su multitud basta solo el obispo de Hipona, el grande Agustino. Mas ¡oh! ¡y cuántos otros grandes santos y doctores brillaron en el trascurso de los mismos siglos! Tales fueron, para no nombrar sino los más célebres, un san Leon, los dos Cirilos, el de Jerusalem y el de Alejandria, los Jerónimos, los Epi-

fianos, los Gregorios Nacianzenos y Nisenos, los Baslios, los Anfiloquios, los Crisóstomos, los Ambrosios, los Hilarios y su digno modelo, el incomparable Atanasio: multitud sin duda superabundante, por más grande que fuese la necesidad de la Iglesia: pero el Señor estaba como poniendo la última mano al edificio de que es arquitecto y principal obrero. Aunque lo habia establecido sobre el fundamento de los profetas y de los apóstoles, como estos divinos monumentos se pueden mirar y se miran en efecto bajo aspectos tan diferentes, correspondia á su inmutable sabiduria fijar para siempre el sentido de los puntos capitales, examinados ya por una multitud de intérpretes tan llenos de su espíritu, y tan distinguidos aun en el orden de los grandes talentos, y fijarle de suerte que á la unanimidad de sus votos y pareceres no se pudiese oponer sino la estupidez y una repugnante temeridad.

»Con efecto, ¡qué fuerza de raciocinio es la que se halla en sus escritos! ¡Qué erudicion tan vasta y escogida! ¡Qué gracias y qué elocencial! Que los Padres latinos y la mayor parte de los griegos se expliquen, si se quiere, con ménos pureza de lenguaje que los oradores de Roma y Atenas, podrá ser; mas no por eso parecerán ménos elocuentes para el que sabe discernir la elocuencia de la locucion, que es la corteza de aquella. Siempre se observará que eligen las razones más fuertes y propias para mover; que les presentan con orden y á las mejores luces; que usan de imágenes vivas, de rasgos felices, de figuras grandes y animadas; en una palabra, que sus discursos son persuasivos y penetrantes, y mucho más agradables que los de todos los escritores

de su tiempo. ¡Qué diferencia, por ejemplo, no se halla entre el estilo vano, afectado y pueril de Libanio, y el sentido exquisito y sumiso, la exactitud, la energía y el verdadero aticismo de san Basilio, y aun la abundancia un poco asiática pero siempre sólida é interesante de un san Juan Crisóstomo! ¡Qué diferencia no se advierte entre el pedantismo de Simaco y la natural amenidad, la noble y limpia sencillez de san Ambrosio!

»Pero hablando de lo que más nos importa; ¡qué unánime conformidad entre este gran número de doctores, en cuanto al fondo de las cosas, en todos los puntos capitales, y en cada artículo de nuestra fé, reconocido como tal por la Iglesia! Ni la distancia de los lugares en donde habitaron en las tres partes del mundo conocido; ni la diferencia de costumbres, de ideas, de gustos é idiomas; ni la distancia de los tiempos, contando desde esta época hasta llegar á los primeros discípulos de los apóstoles; nada de esto causó la menor diversidad en la enseñanza pública ni en la creencia; todo concurre á formar esa cadena de tradicion oral y no ménos fija que el depósito de la revelacion de la Escritura, cuyo complemento es. No hay duda que en esta multitud de hombres de ingenio, se advierte la rica variedad de talentos naturales, y los dones que recibieron del cielo: y así se admirará la sagacidad y fuerza del razonamiento; en san Ambrosio, la suavidad y dulzura del estilo; en san Juan Crisóstomo, una elocuencia brillante y patética; en san Basilio, la noble elegancia y precision; en san Gregorio, llamado el *Teólogo*, la sublimidad junta con la exactitud; en san Jerónimo, el nervio y la erudicion; y por último la ma-

por parte de estos estilos empleados en diferentes lugares por san Agustín, según los halla más útiles para la Iglesia. Pero al mismo tiempo se hallará entre todos ellos una invariable conformidad de doctrina y la más perfecta uniformidad en todos los puntos definidos por la Iglesia. No obstante ser tan atractiva la materia y natural al hombre la inclinación á ponderar y á trabajar de imaginación en el fondo inagotable del dogma y la moral, estos santos maestros, muy diferentes de los retóricos y filósofos profanos, nunca aspiran al mérito de la invención, antes la miran como la tacha más vergonzosa para sus escritos y sus personas: toda su gloria doctoral la ponen en recoger fielmente las verdades más conocidas, y transmitir las despues sin la menor sombra de alteración. La mayor ventaja que pretenden llevar á sus émulos los herejes, es convencer al universo de que no se portan así estos vanos y falsos doctores (1).»

II.

Arrio en el tercer siglo no pudiendo conciliar el misterio de la Trinidad con la unidad de la substancia divina, pretendió que el Verbo no existía en la substancia del Padre por más que fuese Dios, y apoyó su doctrina en pasajes de la Escritura en los cuales Jesucristo se llama á sí mismo inferior al Padre, ó producido en el tiempo. Los católicos probaron por una infinidad de pasajes que establecen una per-

(1) Discurso sobre la primera edad de la Iglesia por Berault-Bercastel.

fecta igualdad entre el Padre y el Hijo: ellos hicieron ver con la mayor claridad que los arrianos no comprendían el verdadero sentido de la Escritura. Los herejes por su parte para estudiar la fuerza de los textos presentados por los católicos se vieron obligados á recurrir á explicaciones forzadas.

Nestorio, como vimos á su tiempo, enseñó que Jesucristo reunía ambas naturalezas divina y humana, pero que formaban dos personas. De esta suerte despojaba á la santísima Virgen del glorioso título de su maternidad divina. La unión hipostática de las dos naturalezas, hizo que no resultase más que una sola persona.

Eutiques, que formó en las filas del error, sostuvo que la naturaleza humana y la divina se hallaban confundidas, esto es, que no había más que una naturaleza en Jesucristo: no quería que se dijese que Jesucristo era consubstancial al Padre según la naturaleza divina, y á nosotros, según la naturaleza humana: creía que la naturaleza humana había sido absorbida por la divina, á la manera que una gota de agua por el mar. Así Eutiques, enemigo declarado del nestorianismo, cayó en el error contrario, al que le llevó su celo contra aquella herejía, naufragando también en la fé.

La condenación de todos estos grandes errores que minaban el catolicismo en sus cimientos, no fué suficiente para que quedasen por entonces extinguidas las herejías. Verdad es que no ha habido un siglo en que hayan dejado de aparecer hombres afectos á novedades y seguidores alucinados, que sin estudiar á fondo las cuestiones, sin humillarse ante la autoridad docente de la Iglesia, las hayan aceptado.

Y entre estos vemos hombres de vida austera, reputados por modelos de virtudes cristianas, pero á los que faltó una de las más fundamentales del cristiano, cual es la humildad.

Cuando empezó á extinguirse el fuego del eutiquianismo, algunos monjes de la Palestina se entregaron á la lectura de los libros de Orígenes, y adoptaron algunos de sus errores: otros le combatieron, de suerte que formándose entre los monjes dos partidos, cada uno con buen número de prosélitos, dieron motivos á escenas violentas en toda la Palestina. Así, los que por su vida retirada y sus austeras prácticas debían servir de ejemplo y edificación á los fieles, llegaron á ser verdadera piedra de escándalo.

Pelagio se aprovechó de las buenas disposiciones que encontró en el emperador para hacer condenar las obras de Orígenes, que tenía por partidario celoso á Teodoro de Cesárea, enemigo del concilio de Calcedonia, y que gozaba de mucho crédito con el emperador. Teodoro, pues, para tomar venganza persuadió al emperador á que condenara á Teodoro de Mopsuesta y sus escritos, los de Teodoreto contra san Cirilo, y la carta de Ibas que había sido leída en el concilio de Calcedonia. Justiniano por medio de un edicto condenó á estos tres autores.

El papa Vigilio excomulgó á los que recibieran este edicto, y esta cuestión no se terminó hasta el quinto concilio general.

El semi-pelagianismo, que había hecho grandes progresos en Francia donde causó grandes turbulencias civiles, fué condenado por el concilio de Orange. La Francia, la Inglaterra, la Sajonia, abrazaron la religión cristiana; y los

godos, los suevos y otros pueblos renunciaron al arrianismo. Así, pues, todo el Occidente era católico, unido y sometido á la Santa Sede, cuyas principales miras eran dirigidas á la conversión de los herejes y de los infieles.

La fé de la Iglesia se extendía rápidamente por todas partes á pesar del desorden y de la confusión que reinaban así en Oriente como en Occidente. Los esplendorosos rayos del Evangelio iluminaban al mundo, aumentando cada día el número de los adoradores del que por nosotros los hombres y por nuestra salud descendió del cielo.

Tales y tan extraordinarias conquistas á través de tan gran número de obstáculos era el cumplimiento de la promesa del Salvador de que las puertas del infierno no prevalecerían jamás contra su Iglesia.

Las herejías que aparecieron durante el siglo vi no fueron de la trascendencia del anterior.

Vamos á examinarlas.

INCORRUPTÍCOLAS.

Sectarios que eran una rama de los eutiquianos, quienes sostenían que en la Encarnación la naturaleza humana de Jesucristo había sido absorbida por la naturaleza divina; por consiguiente que estas dos naturalezas se confundieron en una sola. Estos se llamaban entre los griegos *aftartodocetas*, que existían en 535.

Diciendo que el cuerpo de Jesucristo era *incorruptible*, querían decir que desde que fué formado en el seno de su

santísima Madre no fué susceptible de ningun cambio ni alteracion, aun en las cosas más naturales é inocentes, como el hambre y la sed: de modo que antes de su muerte comia sin ninguna necesidad, igualmente que despues de su resurreccion. De su error se seguia que el cuerpo de Jesucristo era impasible ó incapaz de dolores, y que este divino Salvador nada padeció realmente por nosotros. Como esta misma consecuencia se seguia bastante claramente de la opinion de los eutiquianos, no sin razon fué condenada en el año 451 por el concilio general de Calcedonia. (*Bergier.*)

DOSITEOS.

Antigua secta entre los samaritanos. Son poco conocidos los dogmas ó los errores de los *dositeos*. Lo que de ellos nos dijeron los antiguos se reduce á esto: que los *dositeos* llevaban tan lejos el principio de que no se debía hacer nada el día del sábado; que permanecian en el lugar y postura que este día les sorprendia, sin moverse hasta el día siguiente; que vituperaban las segundas nupcias, y que la mayor parte de ellos no se casaban más de una vez, ó guardaban el celibato.

Se hace mencion en Orígenes, san Epifanio, san Jerónimo, y otros muchos Padres griegos y latinos, de un cierto Dositeo, jefe de secta entre los samaritanos, pero no están de acuerdo sobre la época en que vivia.

Muchos piensan que fué el maestro de Simon Mago, y

que decia ser el Mesías. La multitud de impostores que usurparon este título en la misma época, poco más ó ménos, prueba que cuando Jesucristo se presentó estaban persuadidos de que el tiempo señalado por las profecias respecto á la venida del Mesías se habia cumplido.

Mosheim, que reunió y comparó todo lo que los antiguos dijeron con motivo de esta secta y de su autor, cree que Dositeo vivió al principio entre los esenios, y entre ellos contrajo el hábito de la vida austera que practicaban; que dió en el fanatismo, y quiso ser tenido por el Mesías. Excomulgado por los judíos, se retiró entre los samaritanos poco tiempo despues de la ascension del Salvador. Adoptó un ódio contra los judíos y su prevencion contra los profetas, cuyos escritos jamás quisieron recibir estos cismáticos, pues no conservaron más que los de Moisés; tuvo tambien la audacia de querer corregir á estos últimos, ó más bien de corromperlos. Negó la resurreccion futura de los cuerpos, la destruccion del mando y el juicio final. No admitía la existencia de los ángeles, y no queria admitir otros demonios más que los ídolos de los paganos. Se abstenia de comer todo sér animado; sus discípulos hacian lo mismo; muchos guardaban la continencia, aun en el matrimonio, cuando habian tenido hijos. Dositeo llevaba la observancia del sábado hasta la supersticion. Así esta secta más bien fué judía que cristiana. (*Bergier.*)

PROTOCTISTAS.

Herejes originistas, que sostenian que las almas fueron criadas antes de los cuerpos, y es lo que significa literalmente su nombre. A mediados del siglo vi, despues de haber muerto el monje Nonno, jefe de los originistas, se dividieron en dos ramas, la una de los *protoctistas*, y la otra de los *isocristas*, de los cuales haremos mencion en un artículo particular. Los primeros se llamaron tambien *tetradistas*, y tuvieron por jefe á un tal *Isidoro*. (*Bergier*.)

ADRUMETANOS.

Monjes de Adrumeto, que era una ciudad de la Libia en el siglo vi. Tambien eran llamados *predestinacionos*, porque pretendian que sin atender á las obras buenas ó malas Dios predestina absolutamente para la salvacion ó la condenacion, y que en los elegidos el bautismo no es otra cosa que un signo de salvacion. Lucilio, jefe principal de la secta, era un presbitero de las Galias que habia adquirido cierta celebridad, y contra el cual escribió Fausto de Riez. El tercer concilio de Arlés les condenó.

ARMENIOS.

Rama de eutiquianos ó de monofisitas que desechaban el concilio de Calcedonia, y se reunieron á los jacobitas hácia la mitad del siglo vi.

La religion cristiana habia sido llevada á la Armenia, antes de Constantino, por Gregorio llamado el Iluminado, y allí se conservó en toda su pureza hasta el tiempo del patriarca Narciso, el cual á mediados del siglo vi tuvo un concilio de seis obispos, en el cual él se declaró partidario de la herejía de los monofisitas, bien fuese por el aprecio particular que profesaba á esta herejía, bien porque desease sembrar la division entre los griegos y los armenios, unidos en comun oposicion contra la idolatria de los persas.

El patriarca Narciso que hizo nacer el cisma en aquel pais, antes tan unido en la verdadera fé, tuvo por sucesores otros siete patriarcas, los cuales sostuvieron el cisma por espacio de más de cien años.

Durante este cisma, los armenios sufrieron mucho por parte de los persas: luego que Heraclio hubo destruido á los persas, los armenios manifestaron las mejores disposiciones para unirse á la Iglesia católica, y reunieron un concilio en el cual condenaron todo lo que habia hecho Narciso y quedaron unidos á la Iglesia.

Duró esta reunion 105 años, pero el cisma se renovó á principios del siglo octavo.

Juan de Agniensis, por orden de Omar, jefe de los sarracenos, y con la ayuda del califa de Babilonia, reunió un conciliábulo de algunos obispos armenios y de seis de la Siria, los cuales definieron que no había más que una sola naturaleza en Jesucristo, una voluntad y una operacion. De este modo añadieron el monotelismo al monofisismo.

Dispusieron pues en otro conciliábulo que no se usase en el sacrificio el agua, porque su mezcla con el vino no podia significar la union de las dos naturalezas.

Este patriarca era tan hipócrita como artificioso, y así le fué fácil formarse una reputacion de santo, afectando exteriormente un aire mortificado y formando ordenanzas muy severas, prohibiendo en los dias de ayuno el uso del pescado, el aceite de oliva, el vino, y tambien, y esto con rigor, los huevos.

El cisma renovado por este patriarca duró hasta fin del noveno siglo: algunos otros de sus sucesores intentaron la reunion, pero no pudieron conseguirlo, pues fueron rechazados.

Kacik, viendo la destruccion que los turcos hacian en la Armenia, trasladó su silla á Sebaste para ponerse bajo la proteccion de los emperadores griegos.

En este tiempo Kacik, poseedor de la Armenia, se apoderó de la pequeña Armenia y quiso restaurar su reino; tomó el título de rey y conquistó la Cilicia y una parte de la Capadocia.

Leon, que sucedió á Kacik, se encontró rodeado de infieles que amenazaban atacarle. El recurrió á los latinos, que conservaban todo su poder en Oriente; y para hacérselos

favorables, trató de ganar el aprecio del papa que venia á ser el alma de los ejércitos y de los movimientos de los príncipes de Occidente. Así, pues, rogó al papa Celestino III que le enviase un cardenal para que efectuase la ceremonia de su coronacion: este príncipe favoreció mucho á los católicos en la Armenia, y dispuso todo lo necesario para su reunion con la Iglesia católica.

A pesar de esto la reunion no se verificó. Los esfuerzos hechos por los patriarcas para evitarla, y la oposicion de todos los cismáticos causaron grandes desórdenes.

Tales divisiones debilitaron en gran manera la Armenia; y los tártaros informados de ello hicieron una irrupcion en este reino, se apoderaron de la Georgia y de la gran Armenia, destruyeron la ciudad de Daun, en la que contaban más de mil iglesias y más de cien mil familias.

Los sucesores de Leon, despues de haber sostenido diferentes ataques de los sarracenos y de haberlos atacado ellos mismos, se reunieron á los tártaros, y convocaron un concilio á fines del siglo xiv. En este concilio se reconoció que Jesucristo tenia dos naturalezas y dos voluntades. Esta asamblea estuvo compuesta de veinte y seis obispos, diez doctores y siete abades.

Los cismáticos se levantaron contra el sínodo y protestaron contra todo lo que en él se habia hecho, y fué voz pública de que hicieron asesinar á Haiton y Leon, su sobrino, que eran reyes de la Armenia.

En el concilio citado que se celebró en 1307 se cimentó el plan de union de la Iglesia griega con la Iglesia romana, propuesto por el patriarca Gregorio, muerto algun tiempo

antes del concilio ; y se estableció que se celebrarían las fiestas en los mismos dias en que aquella las celebra ; que en el trisagio se diria, *Christe, qui crucifixus es, etc.*, y que se mezclaria agua con vino en el santo sacrificio.

Más tarde el sucesor de Leon III hizo reunir un nuevo concilio, que confirmó todo lo que el precedente habia hecho, y los monofisitas se opusieron á esta asamblea como se habian opuesto á la anterior.

Los armenios monofisitas insultaban continuamente á los católicos, y suscitaban con ellos grandes disputas.

Algunos años despues de verificado este concilio, murió Osein II, y los cismáticos obtuvieron las dignidades eclesiásticas.

Despues de la muerte de Gregorio un monje llamado Ciriaco, apasionado por el cisma, sacó de la ciudad de *Sis* la santa reliquia de la mano derecha de san Gregorio y la llevó á Echmiadzin, donde consiguió hacerse elegir patriarca por los cismáticos, pues *Sis* ha conservado hasta el dia su patriarca, cuya jurisdiccion se extiende sobre la Cilicia y la Siria, al tiempo que Echmiadzin tiene el suyo.

Ciriaco disfrutó poco tiempo de su usurpacion, pues fué arrojado dos años despues de su eleccion en 1447.

Dejando aparte otros sucesos de los que nos dan cuenta los historiadores, añadiremos á lo expuesto, que desde aquella época ha habido patriarcas que han deseado la union con la Iglesia romana ; empero todos sus esfuerzos han sido en vano, no habiendo logrado persuadir á la nacion. Sin embargo, los misioneros, en su mayor parte de la Compañía de Jesús, en su incansable celo no han dejado de

trabajar en aquel sentido, y han conseguido la conversion de un gran número de personas cismáticas, y aun hoy dia continúan en tan santa tarea, pudiendo esperar á vista de los felices resultados obtenidos hasta el presente que no está muy lejana la época en que toda la Armenia sea católica, sometiéndose á la suprema autoridad de la Iglesia.

Hoy se hallan divididos en armenios francos y armenios cismáticos ; los francos son los que el padre Barthelemy, dominicano, enviado por el papa Juan XXII, convirtió á la fé católica : estos habitan siete lugares en un canton fértil llamado *Abrener* ; tambien hay algunos en Polonia, dirigidos por un patriarca que se sometió á la silla de San Pedro en 1616.

El historiador Pluquet, que nos ha suministrado la mayor parte de las noticias que hemos dado, nos dá las no menos importantes siguientes acerca de la creencia de aquellos cismáticos y del gobierno eclesiástico de los armenios.

De la creencia de los armenios cismáticos.

El error capital de los armenios es el de no reconocer el concilio de Calcedonia : aparte de este error, no se diferencian propiamente hablando de la Iglesia romana, mas que en el rito. Tienen todos los sacramentos de nuestra Iglesia católica.

Hay sin embargo entre ellos algunos errores acerca de la procesion del Espiritu Santo y sobre el estado de las almas despues de la muerte. Creen que las almas no serán recompensadas ni castigadas hasta el dia del juicio final.

Algunos creen tambien que Dios crió todas las almas al principio del mundo, que Jesucristo sacó todas las almas del infierno, que no existe el purgatorio, y que las almas separadas de los cuerpos están errantes en la region del aire.

Empero estos errores son particulares y no puede decirse por lo tanto que pertenecen á la Iglesia de Armenia: han sido introducidos por el trato continuo que tienen con los de otros países; pues no ha habido cuestion sobre estos errores luego que se trató de la union de los armenios con la Iglesia romana (1).

Por otra parte, los rezos, los cánticos, los himnos más antiguos de la Iglesia armenia son contrarios á tales errores (2). En los rituales se encuentran las plegarias por los difuntos, el culto de los santos, el de las reliquias, en una palabra, toda la creencia de la Iglesia romana. Son, pues, posteriores los cambios que se han verificado entre ellos.

La Iglesia romana no es culpable de algunas de las innovaciones que los protestantes le reprochan, pues que encontramos su creencia en una iglesia que no depende del papa: y esta conformidad de la creencia de la Iglesia de Armenia con la doctrina de la Iglesia romana, no es un efecto del comercio de los armenios con los latinos, y de la necesidad que los armenios tuvieron de los papas en el tiempo de las Cruzadas, como quiere hacer creer Mr. de la Croze (3).

Esta creencia de la Iglesia romana es consagrada en los rituales y en los rezos de la Iglesia de Armenia, de mucha

(1) Véanse las actas del concilio de Armenia, celebrado en 1342.

(2) Nouveaux mémoires. Lettre de l'abbé Villedroy, avec une traduction française des cantiques armeniens. Journal de Trévoux, 1731.

(3) Cristianismo de la Etiopia, por La Croze, part. IV.

más antigüedad que su comercio ó trato con los latinos (1).

Hay sin embargo algunos abusos entre los armenios y algunas reminiscencias de opiniones judaicas: observan el tiempo prescrito por la ley de Moisés para la purificacion de las mujeres: se abstienen de la carne de todos los animales que la ley ha declarado inmundos, de las que ellos separan la carne del cerdo, sin dar razon alguna de esta excepcion. Créense culpables de pecado si han comido carne de un animal inmundo.

A la manera que los judios ofrecen á Dios el sacrificio de los animales que inmolan á las puertas de sus iglesias, por el ministerio de sus sacerdotes; mojan un dedo en la sangre de la victima y hacen una cruz en su puerta.

El sacerdote retiene para sí la mitad de la victima, y los que la presentaron retiran la otra mitad: hacen estos sacrificios en todas las grandes fiestas, para obtener la curacion de sus enfermedades ú otros beneficios temporales (2).

Dios que habia prescrito á los judios sus sacrificios y ceremonias, les habia ofrecido bienes temporales si observaban su ley. Jesucristo, por el contrario, no ha ofrecido sino bienes espirituales.

Los armenios para gozar de ambas ventajas unieron á la profesion de la religion cristiana la práctica de la ley judaica.

Del gobierno eclesiástico de los armenios.

Los armenios tienen un patriarca que reside en Echmiadzin y es reconocido por todos los armenios como el jefe de

(1) Nouveaux mémoires, *ibid.* Lettre de l'abbé Villedroy, *ibid.*

(2) *Ibid.*

su Iglesia y del gobierno eclesiástico; toma el nombre y la cualidad de pastor católico y universal de toda la nacion.

El patriarca es elegido á pluralidad de votos de los obispos que se encuentran en Echmiadzin: el acta de la eleccion es enviada á la córte de Persia para obtener la aprobacion del rey.

Esta aprobacion ó consentimiento se compra bajo el nombre especioso de un rico presente para Su Majestad y para sus ministros: empero si la ambicion y la parcialidad vienen á dividir los sufragios y á hacer doble la eleccion, entonces el patriarcado es puesto á subasta y adjudicado al mejor postor, al último que ha pujado.

El rey no espera siempre á que la eleccion sea hecha: á veces la previene cuando quiere, indicando al patriarca que á él le agrada.

El patriarca se atribuye un poder absoluto sobre los obispos y arzobispos, pero para usar de su derecho es obligado á confirmar las elecciones que se hacen por las iglesias particulares ó los nombramientos que vienen por la parte del Gran Señor.

Las rentas del patriarca son muy considerables, tanto que llegan por lo ménos á cien mil escudos, sin que por poseer tanta riqueza ostente una gran magnificencia, pues vive como un simple monje, no se alimenta más que de legumbres ni usa otra bebida que el agua, y reside en un monasterio como los demás monjes.

Estas grandes rentas del patriarca se forman en parte de las tierras pertenecientes á su monasterio y en parte de

una contribucion que pagan los pueblos, y casi toda se emplea en sostener la proteccion de la córte, en la conservacion del monasterio, en las reparaciones de las iglesias y su adorno y en el socorro de los pobres, á lo que se atiende muy especialmente para que no tomen pretexto de su necesidad para abandonar el cristianismo.

Todos los obispos viven como el patriarca; pero resplandece en ellos la ambicion, pues forman solieitudes y hacen cábalas para obtener las dignidades elesiásticas.

Cada iglesia particular tiene su consejo, compuesto de los ancianos más respetables y considerados: este consejo elige el obispo y pretende tener el derecho de deponerle si hay para ello causa justa.

Hay en la Iglesia de Armenia vertabjets ó doctores: llevan la cruz y tienen una mision particular para predicar por todas partes. Algunos son superiores de monasterios, y los otros recorren los pueblos pronunciando sermones que las gentes oyen con respeto.

Para adquirir el titulo de vertabjets no es necesario más que haber sido discípulo de otro. El que una vez ha adquirido el titulo, queda facultado para concederlo á aquellos de sus discípulos que juzga acreedores á este honor. Cuando han adquirido el titulo de santos Padres, por haber escrito algun tratado de historia eclesiástica, sobre todo que contenga sus opiniones erróneas, son ya reputados como consumados doctores.

Estos vertabjets se hacen objetos de gran respeto.

El que visita á uno de ellos sin exceptuar los mismos sacerdotes, avanza hácia él para besarle la mano; despues se

retira á tres ó cuatro pasos de distancia, donde se arrodilla para recibir sus consejos.

Sus sermones son de historia fabulosa y van dirigidos á sostener en el pueblo sus prácticas supersticiosas.

Los vertabjets predicán sentados, y terminado el sermón hacen una colecta para ellos. Los obispos que no son vertabjets están obligados á predicar de pié.

Estos vertabjets observan nueve meses del año el ayuno más riguroso, y el celibato todo el tiempo de su vida: son muy ambiciosos y todo lo sacrifican á esta pasión. Por su exterior austero dominan sobre el pueblo ignorante, que ellos sostienen en su ignorancia porque ella forma la base de su crédito y de su poder. Sin cesar declaman contra los latinos y contra los misioneros que van á su país para ilustrarlos. Todo su conato estriba en sostener al clero y al pueblo en la ignorancia y en la superstición.

Toda la ciencia de los sacerdotes consiste en saber leer de corrida el misal y entender las rúbricas: toda la preparación para recibir el sacerdocio consiste en permanecer cuarenta días en la iglesia, al último de los cuales se les ordena. En el mismo día dice la misa que es seguida de un gran banquete, durante el cual, la *papodie*, esto es, la mujer del nuevo sacerdote, permanece sentada sobre un escabel, con los ojos vendados, tapados los oídos y la boca cerrada para demostrar el recato que ella debe tener á la vista de las funciones santas en que vá á emplearse su marido. Cada vez que un sacerdote debe decir la misa, pasa la noche en la iglesia.

Luego que los niños han aprendido á leer, su maestro de

escuela los presenta al obispo que los ordena á los diez ó doce años de edad.

El obispo recibe doce sueldos por cada ordenación (1).

BARSANIANOS

Ó SEMIDALITAS.

Herejes que aparecieron en el siglo vi. Defendían los errores de los gadianitas, y consistían sus sacrificios en tomar con las yemas de los dedos la flor de la harina y llevarla á la boca (2).

CAUCAUBARDISTAS.

Rama de eutiquianos que en el siglo vi siguieron el partido de Severo de Antioquia y de los acéfalos. Rechazaban el concilio de Calcedonia, y sostenían, como Eutiques, que no había más que una sola naturaleza en Jesucristo. Se les llamó *caucaubardistas* por el lugar en que tuvieron sus primeras reuniones. *Nicéforo*, *lib.* 13, *c.* 49; *Baronio*, *año* 335. Algunos los llamaron *coutobardistas* y otros *coutobardistas*.

(1) Pluquet: Obra citada.

(2) S. Juan Damas, de *Her.* Baronio, ad. ann. 335.

CONONITAS.

Herejes del siglo vi que seguían las opiniones de un cierto Conon, obispo de Tarso (en la Natolia); sus errores acerca de la Santísima Trinidad eran los mismos que los de los tritheístas ó tritheítas. Disputó contra Juan Filopon, otro sectario, para saber si en la resurrección de los cuerpos Dios restablecería también á la vez la materia juntamente con la forma de ellos ó solamente una de las dos cosas. Conon sostenía que el cuerpo no perdía nunca su forma; que solo la materia tenía necesidad de ser restablecida. O este hereje se explicó mal, ó enseñó un absurdo.

CORRUPTÍCOLAS.

Secta de eutiquianos que apareció en Egipto hácia el año 531, y que tuvo por jefe á Severo, falso patriarca de Alejandria. Sostenía que el cuerpo de Jesucristo era corruptible; que el negar esta verdad era atacar la realidad de los padecimientos del Salvador. Por otro lado Juliano de Halicarnaso, otro eutiquiano refugiado en Egipto, pretendía que el cuerpo de Jesucristo ha sido siempre incorruptible; que el sostener lo contrario era admitir una distinción entre Jesucristo y el Verbo, por consiguiente suponer dos naturalezas en Jesucristo, dogma que Eutiques había combatido con todas sus fuerzas.

Los secuaces de Severo se llamaron *corruptícolas* ó adoradores del corruptible; los de Juliano fueron llamados *incorruptibles* ó *aulasiastas*. En esta disputa, que dividió á la ciudad de Alejandria, el clero y las potestades seculares favorecían al primer partido; los monjes y el pueblo se inclinaban al segundo.

HELICITAS.

Fanáticos del siglo vi que hacían una vida solitaria. Hacían consistir principalmente el servicio de Dios en entonar cánticos y bailar con las religiosas, para imitar, decían, el ejemplo de Moisés y de María. Esta locura se asemejaba mucho á la de los montanistas, que se denominaban *ascítas* ó *ascódrutas*; pero su secta desapareció antes del siglo vi. Los *helicitas* parece que eran solo religiosos relajados que habían tomado un gusto ridículo por el baile; su nombre tal vez, derivado del griego *lo que vuelve*, era debido probablemente á sus danzas en círculo.

ISOCRISTAS.

Este es el nombre de una secta que apareció hácia la mitad del siglo vi. Después de la muerte de Nonno, monje originista, sus sectarios se dividieron en protoctistas ó tetraditas y en isocristas. Esta palabra significa *igual á Jesucristo*. Discurrían de este modo: Si los apóstoles hacen

al presente milagros, lo que es para ellos un gran honor, ¿qué ventajas recibieron en la resurreccion si no llegaron á ser iguales á Jesucristo? Esta proposicion fué condenada en el concilio de Constantinopla del año 553.

CRISTOLITAS.

San Juan Damasceno es el solo que habla de esta secta. Sus partidarios sostenian la absurda enseñanza de que al resucitar Jesucristo habia dejado en los infiernos su cuerpo y su alma, y que solo subió al cielo su divinidad. Es lo único que nos dice el citado Padre, y esta secta debió extenderse muy poco cuando no hace mencion de ella ningun otro escritor.

ILIRICANOS.

Estos herejes del siglo vi sostenian que las buenas obras no son necesarias para la salvacion, y renovaron al mismo tiempo los errores del arrianismo.

Tomaron el nombre de iliricanos, porque reconocian por jefe á Matias Francovitz, que era natural de la Iliria.

Esta secta desapareció muy pronto; empero su impia doctrina acerca de la inutilidad de las buenas obras para alcanzar la salvacion eterna, fué renovada en el siglo xvi por los protestantes, que proclamaron que la fé por si sola es suficiente. Ya hemos indicado en otra ocasion que es esta una

doctrina muy cómoda para aquellos que dominados por las pasiones no se ven dispuestos á renunciar á los placeres de la vida, y quieren conseguir la felicidad eterna sin trabajar para ello.

El apóstol san Pedro dice : Sed muy solícitos para hacer cierta vuestra vocacion y eleccion por las buenas obras (1).

(1) II Pet., I, 10.